



Código documento: 034cas
Nombre documento: Relatos: Vicarie pro Georgio
Idioma: Castellano
Fecha creación: 24 de enero de 2009
Autora: Glòria Viñals

Vicarie pro Georgio

Si tuviera que contar las teclas pulsadas recordando lo vivido en el Camino de Santiago, no se si volvería a empezar a escribir. Pero cuando uno se acostumbra a ello, ya no hay marcha atrás, e incluso a veces, cuando contemplo el lento avance de mis botas sobre el camino, me vienen a la cabeza frases más o menos recurrentes, poéticas y musicales, incluso amargamente bucólicas, que resumen mi estado anímico del momento y que al rato, se pierden en el olvido o en algún rincón de la memoria.

El ritmo monótono –que no aburrido–, la cadencia armoniosa del bordón y el ritual de cada día, provocan en algún momento la idea de que no pasa nada, la sensación equívoca de que todos los días son iguales y que como en un mantra hindú, todo es reiterativo. Pero no, no es cierto. El Camino siempre ofrece algo nuevo, alguna sensación reveladora, un paisaje desconocido, o una reflexión que conforta.

Terminada mi breve incursión en el Camino Portugués, como en anteriores relatos, me fiaré exclusivamente de mi memoria. Incurriré incluso en algún error, e intentaré contar lo que me fluya de estos intensos y felices días del mes de agosto de 2007.

La motivación surgió el 28 de marzo anterior. Frente al cadáver de mi hermano Jordi, fallecido a los 43 años de edad, me dije que o volvía a caminar por él, o que mis miedos no me dejarían volver nunca sola al Camino. Después de dos años prácticamente en dique seco por culpa de una intervención quirúrgica en la columna vertebral, y con la prohibición médica de volver a cargar una mochila, me hacía falta una razón de peso importante, suficientemente importante, como para volver a Santiago; o al menos, para volverlo a intentar. Volvía no para divertirme y disfrutar del Camino. Volvía para peregrinar a Santiago.

La preparación física fue absolutamente nula. Botas nuevas que apenas arrastraban unos 40 kilómetros, nada de ejercicio previo, y con los habituales kilos de más, fruto del sedentarismo y de mis malos hábitos alimenticios.

La preparación mental, como siempre, es la única que cuenta: he de intentarlo.

La decisión más importante fue el camino a elegir. Necesitaba alejarme algo más de 100 kms para llegar andando a Santiago. Para reducir el círculo, me centré en los caminos más fáciles y dudé entre salir de Lugo, Sárria o Tuy.

El día 25 de julio, Roger me hizo la credencial. No plasmó ni el lugar ni el día de inicio. Sólo una dedicatoria que traducida, dice más o menos así:

Si empiezas en el Norte, hacia el Oeste.

Si empiezas en el sur, hacia el Norte y después al Oeste.

Si empiezas en el centro, en diagonal y hacia el Oeste.

En cualquier caso, Bon Camí.

Lugo era el punto de partida que más me atraía, pero las distancias entre los servicios existentes, y la información recibida de varios amigos, me llevaron a Tuy.

Además, el Camino Portugués tenía otro aliciente. Me permitía empezar en Valença do Minho, en Portugal, allende la frontera de nuestro país. El hecho de que mi hermano hubiera residido en el extranjero durante más de 20 años, daba a Portugal ese plus de internacionalidad, de cruce de fronteras que lo convirtió en mi kilómetro cero.

El día previo fue un tanto peculiar. Amanecí en Mirallos, entre Sárria y Portomarín por culpa de un “palito” que debía regresar a manos de su dueño. No había sido nada fácil llegar a Mirallos. Seguir flechas de noche, al revés, y en coche, no es mi fuerte. Así que tras comprobar que en mi accidentado periplo el vehículo no había sufrido mas daños que un fuerte olor a quemado, y de haber disfrutado de la sin par hospitalidad de Dña. Julia, inicié mi marcha hacia Vigo.

Sabía que Luís y Lola se dirigían hacia Redondela y para sorprenderles les dije que me quedaba en un taller de Orense porque después de la odisea de la noche anterior se me había quemado el tubo de escape.

Tenía en mente avisar a José Antonio de la Riera y a Xosé de Tuy de mi llegada; pero a medida que me adentraba más allá del telón de grelos, dejé de tener el más mínimo control sobre mi destino. Me acercaba indefectiblemente al agujero negro de Tuy, donde sin saberlo yo, el peregrino es abusivamente secuestrado, excesivamente alimentado, deliberadamente tele transportado y felizmente desbaratado.

Con precisas instrucciones de Xosé, aparqué mi coche en el casco antiguo de Tuy con el ánimo de ir a sorprender a Luís y Lola en su llegada a Redondela. Pero me convertí en el cazador cazado cuando al ascender por la sierra hacia la Cruz da Pinguela, me encontré de frente con la peregrinación arriera de Fuenteroble de Salvatierra, ese Santiago de madera tan querido, al cura Blas y a toda su tribu de carros y arrieros, a José Antonio de la Riera y su gaita, a Ramón Aguirre, y a una espléndida sardinada en el idílico rincón de la Biblioteca de Freixo.

Siguió un poco de turismo por los montes que protegen la ría de Vigo y por Tuy, con detallada visita a su Catedral, desde cuyos tejados se disfruta de una vista espectacular. Ya al atardecer, me esperaba una gran cena en casa de Moisés, en Portugal. Amigo de peregrinos, alma de hospitalero y mal médico, pues a sus ojos, todos estamos anoréxicos y debemos comer, comer, comer...

Domingo, 12 de agosto.

Cuando me levanto, Xosé y Ramón me esperan en el jardín sonrientes y relajados bajo una parra. Con Luís y Lola hemos dormido todos en casa de Xosé, en Tuy, y a primera hora, ellos ya se han ido hasta Redondela a devolver a la pareja para que continuara su interrumpido Camino.

Intento ponerme seria para decirles que quiero peregrinar, que pretendo llegar a Santiago, que a juer-guista no me gana nadie, pero que mi espalda necesita descansar y que es ella la que manda, no yo. Cuando termino mi discurso, Xosé y Ramón me siguen mirando con la misma sonrisa y el mismo relajo, pero lo que es peor, absolutamente escépticos.

Nos volvemos de nuevo a Portugal, y ya con la mochila a punto y Ulysses en la mano, nos damos una vuelta por Valença do Minho. Intento sellar en la iglesia principal, pero no localizo ni al cura ni al monaguillo. Encomiendo mi Camino con la estampita del Apóstol que siempre me acompaña y empiezan los primeros pasos del que yo entiendo como mi peregrinar más serio hasta la fecha.

Tras un breve mal entendido con la dueña, sello en la "Casa Prata", una tienda de toallas, manteles y demás productos para un buen ajuar. Tardaré unas horas en darme cuenta del buen presagio que me supone el nombre estampado: "Prata", "Plata".

Dejamos atrás el casco antiguo y la fortaleza. Finalmente, mis amigos me desean Buen Camino con un fuerte y sentido abrazo.

Llegan los anhelados primeros pasos en soledad. En la mochila todo lo que necesito, sin reparto de peso, sin apoyo. Por primera vez después de dos largos años vuelvo al Camino "de verdad", como yo lo entiendo. Los amigos estarán cerca, sé que puedo contar con ellos, aunque espero no tener que necesitarlos. Con estos pensamientos voy descendiendo hacia el río Miño, la antigua aduana, el puente Eiffel, y unas preciosas vistas de la ría.

Entro en el casco antiguo de Tui remontando el camino de barca, por el albergue de transeúntes, la antigua cárcel, y sin darme cuenta, ya estoy de nuevo frente a las escaleras de la catedral, frente a su fachada románica. Sello y me ahorro la visita que ya realicé en el día de ayer; pero me entretengo ampliamente en el museo diocesano donde me sorprenden cuatro imágenes de Santiago peregrino, una de ellas de mi misma talla mirándome directamente a los ojos. "¿Qué me estás diciendo, amigo?", me pregunto. Casi me da miedo mirarme tan adentro.

Me paro en todos los paneles informativos, en las Clarisas, en el Convento de Santo Domingo y en el último bar. Después de contemplar la pequeña ermita románica de San Bartolomé de Rebordans ya en las afueras, por un caminito me interno en un sinfín de huertos que ya no me abandonarán hasta las puertas de Santiago.

A la altura de un pequeño puente medieval llamado da Veiga, el trazado de unas obras me hacen dudar pues no sé si lo tengo que cruzar o no, y parece difícil la tarea. Unos paisanos me indican el camino adecuado hacia la salida definitiva de Tui.

Entonces me doy cuenta de que me espera un largo polígono industrial sin servicios por ser domingo y que voy a tener hambre. Mientras me indigno por no haber cogido algo para comer, a la altura de la ermita de Santa María del Camino veo algo parecido a un local social con reminiscencias de bar. Tienen bebidas y bolsas de pan Bimbo por lo que les pregunto si puedo comer algo.

Su negativa es rotunda. El pan es para la comisión de festejos. Insisto con la mejor de mis sonrisas, pero siguen en sus trece, que no, que el pan no es para mí. Uno de ellos me indica un pequeño restaurante a unos 800 metros. El hambre me obliga a recular y mientras voy pensando en si los 800 metros se ajustarán al sistema métrico decimal o serán aleatorios como suelen ser los gallegos, me encuentro con el local en cuestión. Una ración de pulpo a precio irrisorio y una ensalada regalo de la casa, entonan el ánimo. Cuando vuelvo a las flechas amarillas, doy un pequeño rodeo para no volver a pasar por delante del local social.

En estos primeros kilómetros me sorprenden los petos de ánimas que voy encontrando. Algunos son sobrecogedores, con las pobres almas intentando salir del fuego purificador del purgatorio alzando sus manos a la misericordia divina. Pero me ayudan a recordar el motivo de mi peregrinación. A cada peto, a cada cruceiro, a cada pequeña ermita elevaré una pequeña oración por Jordi.

Dejando atrás un nudo de carreteras, el bosque se abre frente a mí. Aprieta el sol, llevo las gafas puestas y la gorra calada hasta la nariz.

Aparcado en el arcén veo un vehículo, y a su lado, un hombre en pie haciendo sus necesidades fisiológicas. Calculo mentalmente que cuando llegue a su altura ya habrá terminado con su cometido. Pero craso error. A medida que me acerco, percibo que la fisiología ha dejado paso al onanismo. Vista al frente y paso ligero, cambio de mano el bordón, y procuro golpear con todas mis fuerzas el asfalto mientras a medida que me alejo voy mirando por el rabillo del ojo que no se me acerque el interfecto.

Ardillas, ratoncitos y mágicos aromas me devuelven a la inmensidad del bosque para llevarme hasta el puente de San Telmo o de las Fiebras. Allí falleció el santo en su peregrinaje a Compostela. Recóndito y silvestre, impresiona una placa en la que se dice "Caminante: aquí enfermó de muerte San Telmo, en abril de 1.246. Pídele que hable a Dios a favor tuyo". Otra vez la muerte está presente en este Camino.

Se hace fácil caminar junto al río Louro, cruzar el pequeño puente de Orbenlle, dejar atrás pequeñas ermitas y cruceros hasta desembocar sin ningún problema en el polígono de Porriño. Al ser domingo, no hay actividad, parece una ciudad fantasma como las de rodaje de las películas del oeste. Cuando el polígono parece terminar, una curva me lo alarga un poquito más. El polígono limita al oeste con una reserva de fauna. No sé si calificarlo como curioso, o como sorprendente.

Al entrar en Porriño se cruza por encima de la vía del tren y de la autopista con una pasarela metálica cuya flecha me cuesta un poco de localizar, y una nueva ermita, esta vez dedicada a Santa María de Guía, me da la bienvenida.

A esas horas de la calurosa tarde apenas hay nadie por las calles. Me llama la atención la original arquitectura de la casa consistorial de reminiscencias medievales construida por el arquitecto de Porriño Antonio Palacios y de algún otro edificio del mismo autor.

En las estribaciones del centro de la población, me encuentro con dos peregrinos, los primeros del día. Son dos jovencitos portugueses que muy sonrientes, me indican donde está el albergue. Hay que desviarse unos metros hacia la izquierda de la salida del pueblo y cruzar la vía del tren.

El albergue es un edificio funcional, grande, aislado y limpio. La hospitalera es muy guapa, y sus ojos y su sonrisa compensan el hecho de que te atienda desde un frío mostrador.

- Hola buenas tardes, ufffff (resoplido de haber llegado)
- ¿Cansada?
- Sí, un poco ...
- ¿Te vas a quedar aquí?
- Supongo... (en mi fuero interno, la cercanía de amigos secuestradores me hace dudar, e improvisar nunca está de mas)
- Todos decís lo mismo, "supongo". Pero no te preocupes, hay camas de sobra.
- No, si no lo digo por las camas...
- Pues aquí, los que dicen "supongo" es porque dudan si habrán camas o no.

Mientras relleno el cuestionario de rigor me da las indicaciones oportunas y me enseña el albergue.

Me aplico a las operaciones básicas del comando lava y ducha y me quedo medio dormida a la espera de que lleguen mis secuestradores de turno.

Al salir, pregunto a un par de peregrinos a qué hora suelen acostarse por si llego tarde y poder avisarles. El albergue estará abierto hasta las diez y media y quiero ir tranquila sin tener que molestar a nadie. La chica me contesta que a esa hora ya duerme (no será cierto), y el chico no se digna ni a mirarme. El ambiente que respiro no es precisamente muy acogedor.

Con Xosé, Ramón y Moisés nos vamos a cenar a Pontevedra para que Luís y Lola "no se sientan solos". Lola está alterada, ha tenido un pequeño altercado con unas turigrinas que habían entrado con sus maletas en el albergue después de haber llegado en autobús.

Ramón sube con mi coche desde Tuy y Luís se queda con las llaves, ya no tendré que preocuparme de él hasta llegar a Santiago. Alguien me ha dicho que me miman demasiado.

Cena ligera pero bien cargada de amistad. A las once menos cuarto en punto estoy de vuelta al albergue, donde más de la mitad de sus ocupantes están todavía levantados. Creo que tardo cinco minutos en dormirme.

Lunes, 13 de agosto.

"La del alba sería" cuando empiezo a oír el ruido de las bolsas de plástico de los madrugadores. La noche ha sido calurosa, he dormido sobre el saco y mi inseparable pareo a modo de sábana. De reajo veo que alguno aún se mantiene en su litera, me doy media vuelta y sigo durmiendo hasta las ocho y media. Recojo y voy en busca de un bar donde desayunar. Queda institucionalizado para este camino un te con magdalenas a primera hora y un zumo de fruta a la primera parada. Nada de bocadillos ni cervezas, un poco de austeridad no estará de más.

De nuevo enfilo hacia el norte siempre paralelo a la carretera nacional 550, con este punto de referencia es imposible perderse. Me adentro por huertas y jardines emparrados. Lo primero que me llama la atención es la cantidad de granito que se emplea en la construcción. Hasta Pontevedra me encontraré con casas señoriales dignas de Falcon Crest, de portentosa factura, pero calcadas la una de la otra. También me atrae el uso de bloques de granito para sustentar las parras que a cientos, digo, a miles, bordean el camino.

En una fuente a la entrada de Mos paro a descansar un poco y me adelantan los peregrinos portugueses a los que ayer saludé. Son un grupito de jóvenes alegres, despreocupados y simpáticos. Homogéneo en edad, destacan por su sencillez, incluso se parecen en sus pesadas mochilas. Ya en Porriño me había dado cuenta de que todos llevaban una innecesaria toalla de baño que no siempre se secaba al siguiente amanecer.

En Mos hay una bonita iglesia, un bar y un albergue en un edificio rehabilitado y de larga historia.

Una ligera subida por la Rua dos Caballeiros de innegable reminiscencia medieval me lleva a otro cruceiro, otro peto de ánimas, otro cruceiro... Camino despacio, me siento feliz, la espalda aguanta. Me sería muy fácil avanzar sino fuera porque voy ascendiendo.

De todas formas, me animo yo sola con la esperanza de pegarme un buen banquete en el famoso restaurante Choles que está unos kilómetros más allá.

Con sorpresa me doy cuenta de que estoy siguiendo una antigua vía romana, jalonada aún por algunos miliarios y con restos de la calzada romana bajo el asfalto o entre las sombras de algún bosque. Es la calzada XIX Bracara Augusta, Lucus Augusti y Asturica Augusta; o lo que es lo mismo, Braga-Lugo-Astorga.

El hambre empieza a apretar y cuando veo a una abuela con la nieta de la mano, y la niña jugando con un calendario del bar "Choles" los jugos gástricos se me disparan como al perro de Paulow. Me han hablado muy bien del lugar, así que aligero el paso con el babero puesto. ¡Ja! ¡pa chasco!. Los lunes cierran.

El bosque que se cierne a mi alrededor me ayuda a disipar el hambre. Descanso junto a un murete dispuesto en forma de arco y contemplo los mil juegos de filtraciones solares entre los altos pinos. No en vano el bosque se llama Xan das Pipas.

Ya en terreno urbanizado, sigue el camino por una pronunciada bajada salpicada con un par de letreros de coca-cola que no son más que un espejismo. Cuando alcanzo el llano siento que Redondela esta cerca y casi sin darme cuenta, alcanzo la carretera, las primeras casas.

Es la hora de comer, el encargado de una casa de muebles cierra el negocio y al móvil, avisa de que "ya sube". Me auto invitaría de buena gana.

Avanzando por una de las calles del centro me para y se me identifica la hospitalera con instrucciones muy concretas: se abre a las cinco, si llamo por la puerta lateral me abrirán peregrinos, puedo usar la cocina y los baños pero no puedo subir a la sala de literas, "¿entendido?". Cuando le voy a decir que sí, ya se ha alejado lo suficiente como para que apenas me oiga.

En el albergue, el grupo de jóvenes portugueses con los que iré coincidiendo ya está dando cuenta de buenos bocadillos. Uno de ellos se levanta a darme las instrucciones literales de la hospitalera. Le ahorro el esfuerzo.

El albergue es un edificio rehabilitado muy agradable, la antigua casa de la Torre. La puerta lateral está siendo reparada por unos pintores que me indican dónde comer bien y a un precio asequible, se trata de la Cafetería Zeus que está muy cerquita. La empanada de bacalao con pasas se deshace en un suspiro. Vuelvo al albergue y aprovecho uno de los sofás para una buena siesta. A las cinco menos cuarto ya estoy en marcha de nuevo.

Averiguo quien me puede abrir la iglesia de Santiago que está en lo alto del pueblo y coincido con el coro de mujeres que va a ensayar sus cantos litúrgicos. El rosetón de la fachada filtra la luz con la silueta del Santo.

A la salida, ya en el cruce con la carretera, otro grupo de mujeres están haciendo baldeo general a la ermita de San Roque. Pronto empieza la novena y al menos una vez al año, toca hacer zafarrancho. Una de ellas me recomienda un hotelito para dormir unos kilómetros más adelante, parece que es amiga de la dueña. Si sigo con fuerzas, espero llegar a Arcade.

El camino vuelve a sumergirse en carreteritas secundarias plagadas de parras y huertos. Serán muchas las ocasiones en las que recordaré las palabras de Joan al hablar de este camino, muy bonito pero con mucho asfalto. En su momento, creí que exageraba, pero al segundo día ya me doy cuenta de que no lo hacía.

Tras cruzar de nuevo la carretera nacional, el camino vuelve a ascender hacia el Alto da Loma. Decido no parar donde me recomendó la señora de San Roque, y sigo hacia las estribaciones de un bosque donde la Fuente de Otiero y un solitario parque infantil me ofrecen un poco de reposo en compañía de un montón de pegajosas moscas. Pasa resoplando por la cuesta un matrimonio de ciclistas alemán. La subida se me hace difícil por lo que yo también ando muy despacio. Me molesta el tobillo y acuso el cansancio. Vuelvo a la nacional donde todo me indica que Arcade está cerca. A mí izquierda, entre los árboles, como en el juego del escondite, conjugando mil tonos de verde y azul, se me aparece la ría de Vigo y la isla de San Simón, allí donde el poeta cantaba:

*Estando en la ermita de San Simón
y me rodearon las olas, que grandes son,
yo esperando a mi amigo,
yo esperando a mi amigo...*

A apenas un kilómetro de Arcade se encuentra la oficina de turismo, una casita de madera donde una pareja de turistas preguntan si vale la pena visitar Tuy. Sello la credencial y me indican tres hostales donde dormir. Descarto el primero porque quiero acercarme al centro, pero después de estar más de una hora dando vueltas por Arcade, me veo obligada a volver a recular, subiendo, porque uno está cerrado y el otro está lleno.

Me instalo en el hotel Duarte. La habitación es minúscula, pero limpia y confortable. Me recomiendan cenar en el Bodegón, a unos 500 metros, pero es el más cercano. Me atiende una abuela y de entre las tapas que me sugiere me quedo con el pulpo y los calamares. Por aquella zona resultan muy tiernos y más rebozaditos a la andaluza que a la romana. Cuando me trae dos bandejas para mi sola, me quedo sorprendida. ¡Si yo sólo había pedido unas tapas!

La dueña del restaurante interviene divertida: "¡Pero abuela... ¿otra vez doble ración?". Lo que más me sorprende a mí es que el precio sí que es de tapa.

Charlo con el dueño quien socarronamente me pregunta quien pone más multas en Cataluña, si la Guardia Civil o los Mossos d'Esquadra.

Martes, 14 de agosto.

He dormido mal. Cada vez que mi tobillo derecho rozaba con la sábana me despertaba un fuerte dolor. Al levantarme mantengo un serio diálogo con él. Si la espalda me permite seguir, ¿por qué se queja él de una forma tan tonta?

Me imagino que el pobre quiere un poco de protección y puesto que mi botiquín está compuesto exclusivamente de paracetamol y esparadrapo de tela, elijo el esparadrapo para cubrirlo ampliamente.

La salida de Arcade se realiza a través del antiguo Ponte San Paio. Cuenta la historia que allí se derrotaron a las tropas inglesas en la guerra del Francés. Sigue un pequeño barrio de empinadas callejuelas y un par de cruceiros, y sigue también un desvío del antiguo camino provocado por los incendios del año anterior. Los rastros de bosques y pastos quemados se ven con facilidad. Los primeros peregrinos que salieron de Porriño al amanecer me van adelantando.

En suave ascenso, me alcanza el grupo de portugueses jóvenes que han dormido en Redondela. Destaca una rubita muy atenta a todos los que le rodean, tiene un instinto natural para ser el líder sin proponérselo. Con su dulce sonrisa controla sutilmente a la gordita que queda rezagada, retiene cautelosamente al atlético del grupo, en definitiva, marca el ritmo de los descansos atendiendo a quien más lo necesita. Me ofrecerá galletas de chocolate con una sonrisa, pero declinaré la invitación porque el chocolate me da mucha sed mientras camino.

Estamos en las profundidades de la Vrea Vella de Canicouva. Es uno de los parajes más bonitos por donde ni siquiera importa subir o bajar. La temperatura es ideal, la sombra de los altos árboles te protege. La nitidez del canto de los pájaros te envuelve. Un verde exultante, exuberante, se manifiesta en cientos de tonalidades.

En las estribaciones del bosque, llego a la ermita de Santa Marta. No podía ser otra más oportuna, es el nombre de mi cuñada. Este tramo está lleno de advocaciones a Santa Marta y Santa Marina. Entro en la pequeña ermita para orar y paro a charlar con un peregrino que resulta ser de Burgos y que disfrutamos de amigos comunes.

Un poco más adelante me encuentro con una pequeña tienda que debe suministrar las necesidades de varios kilómetros a la redonda. Venden casi de todo. Sus dueños han pasado con creces la edad de la jubilación, pero esa tienda es su hogar. La luz está apagada, los estantes destartados, y los cajones no cierran bien. La tienda se irá con ellos. Una pequeña silla de enea da reposo a mi tobillo.

Pese a que me acerco a una gran ciudad como Pontevedra, aún podré descubrir algún bucólico rincón junto a un arroyo antes de alcanzar el albergue.

He quedado con Gregorio de Toledo que me va a la zaga y le llamo para saber cuánto puede tardar en llegar. Parece que aún le falta rato y como el albergue está cerrado, me acerco a la vecina estación de autobuses para descansar de espalda y de mochila. Un repentino ataque de hambre me impedirá comer con él pese a que llega a Pontevedra antes de lo previsto.

Nos tomamos un café y mientras yo disfruto de una buena siesta en el albergue, él le da al jabón en sus múltiples usos.

Descansado el cuerpo decido seguir un poco más, hay dos albergues pequeños unos kilómetros más allá. Al ver que de nuevo me pongo la mochila, la rubia peregrina portuguesa no puede menos que sorprenderse. Le preocupa que en el siguiente albergue no haya "nada" y que me vaya "sozinha" cuando parece que va a empezar a llover.

Con Gregorio me voy a dar un buen paseo por la ciudad. Es imprescindible acercarse a la iglesia de la Virgen Peregrina. Cuenta la leyenda que allí recaló María en peregrinación jacobea procedente de Efeso; la certeza aquí no importa para nada, pero la historia es bonita. Es 14 de agosto, la Vigilia de la Asunción de María y Pontevedra se prepara para su fiesta. Me gusta el centro, con sus soportales y la espaciosa plaza de la catedral.

Tras cruzar el río por el puente del Burgo, me tomo una infusión calentita en un bar de nombre jacobeo, me pongo la capa de agua y me despido de Gregorio. Me insiste en si volveremos a encontrarnos. En realidad no lo sé, pero no quiero obligarme a nada.

Uno de los tramos más bonitos de este Camino me está esperando.

Salgo de Pontevedra con lluvia y ya no me abandonará en las próximas 24 horas. De nuevo la lluvia ayuda al recogimiento interior que se ve animado por la Iglesia de Santa María de Alba, otro bello crucero con la imagen de Santiago en su base y la iglesia de San Cayetano.

Hay nombres de lugares que te inspiran alguna canción. A lo largo de estos días, machaconamente he entonado a ritmo de Rosendo:

*harto ya de estar harto ya me cansé,
De preguntar al mundo porqué y porqué,
La rosa de los vientos me ha de ayudar,
Desde ahora vais a verme vagabundear,
Entre el cielo y el mar,
Va-ga-bun-dear!!!!*

Pero a la altura de la iglesia de San Cayetano, no puedo sino cantar el "rock del Cayetano" y gritar: "¿dónde estáaaa?"... y es que una anda últimamente muy marchosa.

Cruzo la pequeña localidad de Goxilde. Allí cuenta la historia que descansó el arzobispo Gelmírez a su vuelta de Braga tras el Pio Latrocinio. ¡A saber qué hay de verdad en ello!

Llueve, quizás porque voy cantando, pero llueve. Voy pisando charcos, regatos, barro... el camino se ve surcado de innumerables riachuelos a veces fáciles de saltar o de vadear, y otras no tanto; a veces con pasos de piedra por los que voy haciendo equilibrios como un funambulista, y a veces con tramos en los que mis botas se hunden en el barro. El entorno es un bosque mágico, que parece encantado entre las brumas de un inexistente atardecer.

Habré caminado unos 12 kilómetros desde Pontevedra y se me está haciendo francamente tarde; además, estoy muy cansada, por lo que ni me planteo intentar llegar al albergue de Briallos. A la altura de San Mauro en una pulpería me informan de lo poco que me queda para el albergue de Barro, así que al teléfono, le confirmo a Xosé que no tengo fuerzas para seguir y que allí les esperaré para ir a cenar. No me es fácil localizar el albergue pues hay dos edificios parecidos y me despisto, pero por fin Protección Civil me indica cómo entrar en su interior: por la puerta de atrás, evidentemente.

Cuando entro en el albergue me parece un palacio. Una gran sala con dos montones de colchonetas y agua caliente. He de agudizar el ingenio para poder tender la ropa en el interior pues está lloviendo con ganas. Los contrafuertes de las ventanas no cierran bien y el viento provoca que golpeen con fuerza, el concierto parece diabólico y temo que por la noche me visite el Vakner, como en una ocasión visitó a Roger en Vilaserío. El Vakner, para quien no lo sepa, es un siniestro personaje que mataba a los peregrinos que se acercaban a Finisterre allá por el siglo XV. Unos dicen que es leyenda, pero para otros... es como las meigas...

Sobre las nueve y media de la noche aparecen dos ciclistas portugueses. A uno se le ha roto la bicicleta y llegan francamente destrozados. Me piden permiso para quedarse a dormir conmigo, como si yo fuera la dueña del palacio! Los han echado a cajas destempladas del albergue de Pontevedra. La verdad, no entiendo cómo en un mismo albergue un día dejen entrar a gente con maletas que llegan en autobús, y al día siguiente echen a la lluvia a dos bicigrinos. Ni tienen comida ni están con ánimos de ir a buscarla a ninguna parte pero de inmediato, se ponen a arreglar las ventanas y a silenciar el concierto que la tempestad me estaba regalando.

Cerca de las 10 de la noche llegan Xosé y Moisés para ir a cenar. Se han perdido por el camino porque es muy fácil llegar andando a los albergues, pero en coche de apoyo, la historia cambia. Vamos a cenar a Os Muíños, una sucesión de molinos de madera contruidos a la vera de unos saltos de agua, por donde se cuenta que pasaba el camino medieval. El sitio es una maravilla pero de noche cerrada y lloviendo lo puedo disfrutar muy poco.

La comida es excelente pero no puedo decir lo mismo del vino de Barrantes. Me gusta el vino y soy de las que pienso que un mal vino estropea la gaseosa. Y no es que el Barrantes sea malo, lo que pasa es que lo encuentro excesivamente fuerte y espeso. Me recuerda el que me daba mi abuelo para merendar cuando era pequeña con una buena rebanada de pan de payés y azúcar.

De vuelta al albergue llevamos bocadillos a los portugueses y ya me despido definitivamente de Xosé y Moisés. Ha sido un verdadero placer contar con sus "secuestros".

Antes de que los dos bicigrinos hayan terminado su cena, me quedo dormida.

Miércoles, 15 de agosto.

Cuando me despierto sigue lloviendo. Remoloneo un poco y constato que la ropa sigue tan mojada como en la noche anterior.

El tobillo está hinchado y cada vez piso peor. Sin embargo, las temidas molestias en la espalda son mínimas, así que sigo cantando bajo la lluvia... "va-ga-bun-dear...".

Es día de fiesta y todo duerme. En el cruce de Amonisa, la imagen de Santiago invita a caminar.

Empapada llego a una gasolinera con el ánimo de desayunar algo caliente. Pero hay que cruzar la carretera y desplazarse un poco para llegar al bar por lo que se me antoja demasiado lejano. Me limito a tomar un zumo y a sacarme la mochila un rato. Ni siquiera puedo sentarme en una silla.

Llamo a Lola que me precede en una etapa. Las dos constatamos que llevamos mojadas... ¡hasta las credenciales!

Cuando llego a Caldas de Rei me planteo seriamente que tengo necesidad de descansar, secarme un poco y hacer una buena siesta. Se que no hay albergue, así que sello en la Policía Local y entro en el bar de al lado a decidir qué hacer. Alquilan habitaciones pero es demasiado pronto para comer, la cocina está cerrada y sólo me dan unos cacahuets rancios. Así que opto por irme con mi música a otra parte. Es la una del mediodía y aprovecho para asistir a la eucaristía en la iglesia parroquial. Es la iglesia de Santa María, de finales del siglo XIII, en cuya portada se nota que hasta allí llegó la influencia artesanal del Maestro Mateo, un Agnus Dei en el tímpano preside la majestuosa entrada.

Es el día de la Asunción y toca felicitar a Marías y Asunciones varias. En una de las llamadas, mi madre me informa que tiene un problema grave en un ojo y que parece que tiene que ir a urgencias. Me preocupa y por un momento, incluso me planteo volver a Barcelona. Pero analizando fríamente la situación y constatando luego que tardará todavía un par de días en acudir a "urgencias", resulta que he hecho bien en no alarmarme demasiado.

En Caldas no me atrae acercarme a la fuente de agua caliente donde un montón de gente está llenando botellas de diferente tamaño pero sí me paro en un bello cruce del centro de la localidad. Lo mejor, es descubrir un pequeño y recóndito rincón donde parece que el tiempo se ha detenido, junto a la Casa de la reina Dña. Urraca y el pequeño puente Bermaña de origen medieval.

En el restaurante Varadoiro me atienden muy bien y como un buen plato de pasta a precio ridículo. Mientras estoy allí disfrutando de la vista, llegan los dos bicigrinos portugueses. Han podido reparar las bicis y parecen repuestos. Las bicicletas que llevan me parecen de la segunda guerra mundial, sin alforjas. No son habituales los ciclistas con mochila y éstos llevan un peso excesivo. Los cascos protectores me recuerdan a la película Patton. Nada que ver con los estilosos ciclistas que suelen rodar por el Camino Francés con maillots de colorines y bicicletas de última generación.

Alimentada en cuerpo y alma dejo atrás esta villa que me ha parecido muy simpática y acogedora. Para mi alivio, ha dejado de llover y aparece un tímido sol.

Nuevos viñedos, nuevas carreteritas comarcales, una duda provocada por las obras del AVE y un cómodo camino entre maizales que va cruzando el valle del Bermaña. Es la hora de la siesta, así que me busco un cómodo lugar para descansar y me tiendo sobre mi esterilla como los lagartos al sol.

La espalda agradece el descanso pero no el tobillo. Desde mi intervención quirúrgica el pie derecho está profundamente dormido, así que no siempre atiende a razones ni obedece las órdenes de mi cerebro. Más que dolor es un peso extraño, una tirantez en toda la pierna que dificulta la marcha normal.

En el enésimo cruce de la nacional, a la altura de Cortiñas, me encuentro a dos abueletes que tienen la costumbre de preguntar a todos los peregrinos que pasan su origen o procedencia para de inmediato, pasar a contarles sus vidas. En realidad, el que habla es solo uno de ellos, el más locuaz. Me cuenta su vida, en particular el periodo de la Guerra Civil y la posguerra. Le marcó la Batalla del Ebro y la tierra roja de la Sierra de Pándols, le marcó su estancia en Asturias, su alineación con los llamados nacionales en el norte,...

Me aconseja, mejor dicho, casi me ordena, que vaya por la carretera para ahorrarme unos 3 kilómetros. Le hago caso a medias pues primero me dirijo hacia la iglesia de Santa María de Cortiñas con su casa parroquial y un hórreo que se alza sobre un pequeño montículo en un juego barroco de grises, verdes y musgos.

Antes de volver a la carretera queda a mi izquierda un colegio en el que puede verse el unánime deseo de los niños de dedicar un "Buen Camino" en todos los idiomas a todos los peregrinos que por ahí pasen. Al ser agosto, la escuela está cerrada, pero el griterío de los chavalines aún retumba en el patio desierto. Localizo el

letrero que me desea "Bon Camí" y sigo por carretera hacia Padrón.

La tarde es soleada pero Padrón se me hace lejano. Tengo serias tentaciones de hacer autostop o pedir a algún coche parado en los escasos bares de la carretera que me acorte el trecho. Estoy cansada, quizás seguir por carretera no sea lo más adecuado pero necesito acortar, necesito llegar. Le voy dando vueltas a la idea de disponer de coche de apoyo y la tentación es a cada momento más fuerte. Creo que nunca he estado tan cerca de hacerlo.

En la balconada de una casa, a pie de carretera, un grupo de mujeres mayores toman el fresco. Charlo un ratito con ellas y me cuentan que pasó una señora mayor que les agradeció mucho el que le pudieran ofrecer un poco de agua. Se les nota felices de haber podido atender a la peregrina en cuestión.

Como acostumbro a caminar sola, ya hace bastante tiempo que cuando personas mayores con las que me cruzo me preguntan porqué camino sola, siempre suelo contestar lo mismo: "si estuviera acompañada, quizás no podría quedarme a hablar un poco con ustedes". He comprobado que esta respuesta siempre les hace gracia y les ayuda a que me entiendan un poquito.

Me despido de las atentas y simpáticas vecinas y con mis pensamientos y dudas alcanzo Pontecesures con la confianza de que el amigo Carlos, que vive en Padrón, vendrá a buscarme en su coche. No puedo dar un paso más. Desde un poquito más arriba del tobillo no siento mi pie derecho.

Pero cuando hablo por teléfono con Carlos me dice que ya no me falta nada, que ya estoy llegando, y el ápice de vergüenza que aún me queda me impide pedirle que me venga a buscar.

Así que repongo mis fuerzas en un ruidoso bar y cruzo el puente del Ulla en un ambiente festivo y marinero plagado de niños.

El paisaje se suaviza y el camino discurre paralelo al río Sar recordando a Rosalía de Castro...

*Dende aquí vexo un camiño
que non sei adonde vai,
polo mesmo que non sei
quixera o poder andar.*

A escasos metros veo a la peregrina a quien las mujeres de la carretera habían atendido. Me siento incapaz de hablar con ella, en realidad, y aunque no esté bien decirlo, no quiero hablar con ella. Una llamada telefónica me salva de parar a su lado mientras la adelanto. La peregrina es mayor, camina arrastrando los pies, con zapatillas de estar por casa, una bolsa de plástico se balancea en la mano izquierda, la mochila torcida y sin ceñir, y un bordón en la mano derecha. Paso de largo, como un "buen fariseo", paso de largo.

Y en un gran sillón, con dos grandes bolas a sus pies, la inconfundible figura de Camilo José Cela domina la alameda de Padrón. Ahora entiendo porqué Joan me preguntó por sms si ya le había visto los "huevos" a Cela.

Carlos, en plan webcam, controla mi entrada hacia la fuente del Carmen. Llego cansada y algo aturdida. No le reconozco hasta que se me planta delante y me da un fuerte abrazo. ¡No le recordaba tan alto y tan buen mozo!

Junto a su encantadora esposa y su hija Iria Lua me acompañan a su albergue particular cinco conchitas, nada más y nada menos que la casa de soltero de Carlos ¡qué lujo!

Prescindo pues del albergue que está junto al convento del Carmen pero no dejo de contemplar su fuente que rememora en un bajorrelieve la traslación del Apóstol y en una hornacina, el bautismo de la reina Lupa.

Tras la ducha, el esparadrapo que se supone está protegiendo mi tobillo pasa a mejor vida y se lleva con él restos de piel. El resultado es un tobillo sangrante y descarnado, y como voy aprendiendo de los errores, antes de volver a cubrirlo con esparadrapo, lo protejo con un poco de papel higiénico. Debería haber comentado con mis hospitaleros la nefasta situación de mi tobillo, pero no lo hago.

Sin embargo, lo que sí hago es meter la pata auto invitándome a cenar. En efecto, cuando Manolo me llama para que le dé el parte de la jornada, no se me ocurre otra cosa que decirle delante de Carlos que me "invitan a cenar", cuando la que debería invitar soy yo.

Tras un paseo por Padrón a la búsqueda de un restaurante abierto y que nos atienda, acabo frente a un plato de fideos con almejas y ¡cómo no!, de un buen plato de pimientos de Padrón.

Una agradable charla con copa jacobea incluida es el colofón a una de las jornadas que recuerdo como de las más duras de todos estos años.

Jueves, 16 de agosto.

Amanezco en el saco pues me ha sabido mal ensuciar finas sábanas de algodón sólo por una noche. Soy incapaz de seguir las instrucciones de devolución de la llave así que aún tengo ocasión de despedirme de nuevo de Carlos y de su guapísima hija.

Es el momento de entrar a visitar el "pedrón" donde dice la tradición que llegó la barca de piedra con los restos del apóstol junto a sus discípulos Atanasio y Teodoro. No se trata de creer o no creer, ni siquiera se trata de pensar en si es o no es verosímil. Se trata de arrodillarse y rezar. Se trata de abandonarse, de contemplar, y de recordar la definición del bachillerato. Fe es creer en Dios, confiar en El, amarle y entregarse con un serio compromiso. Santiago es un puente. Santiago es la roca gastada pero firme. Es emocionante sentirse allí.

Me levanto de nuevo apoyándome en Ulises. Compostela está cerca, no sé si hoy llegaré, y todos los huesos me crujen. Lo único que sé en ese preciso instante es que voy a continuar. Sello en la sacristía "iter jacobeam ad petronum navis vectrics".

Casi sin solución de continuidad aparecen Iria Flavia y su actual Colegiata, que siglos atrás, cuando no era más que una humilde ermita, sufrió las iras de Almanzor. Orgullosa se alza la fundación Camilo José Cela, y a los pies de un olivo, su tumba en el cementerio. De nuevo la muerte se hace presente en este Camino.

La abandonada estación de tren queda atrás entre enredaderas y flores de desconocido nombre.

Cuenta la historia que desde Iria Flavia partió el obispo Teodomiro en busca de las luces que vio brillar en el monte Libredón, en la actual Compostela. Si cabe, el camino se hace más Camino.

Siempre paralelo a la nacional, las pequeñas aldeas se suceden pegadas las unas a las otras. Por un laberinto de callejuelas y huertos me acerco a Escravitude, un imponente Santuario barroco donde la piedra conjuga con elegancia musgos y grises, verdes graníticos, humedades y sombras. Varios abuelos sentados en los bancos de piedra de la entrada murmuran al verme entrar. En el interior, silencio. Y mientras me acerco al altar, el sacristán me da un susto de muerte cuando me habla desde la oscuridad. He de sentarme y respirar hondo. El pobre hombre me pide disculpas. Al momento, un sms de Roberto me pregunta si ya llegué a Escravitude. Demasiadas emociones de golpe.

En la parte baja de la iglesia, una antigua posada fechada en el siglo XVII alberga un estanco. La dueña me explica historias de antiguas escrituras, de sillares sin fecha... es la vida del estanco nº 22.707 tal como reza el último sello de mi credencial.

Por el desierto camino me cruzo con gente mayor, con sus negros paraguas, con la frente arrugada. Vienen de la iglesia de Santa María de Cruces. En algún lugar hay una invisible línea divisoria entre los feligreses de Esclavitud y de Cruces.

El Camino asciende suavemente por un bosque de pinos muy tranquilo hasta encontrar la vía férrea para descender de nuevo hasta Areal, a pie de carretera. Allí, un bar con todo tipo de servicios parece un oasis para descansar y reponer fuerzas.

En el interior me encuentro a mi asignatura pendiente. La peregrina a la que había evitado el día anterior.

Me había parecido una mujer bastante mayor, pero para mi sorpresa, apenas me lleva unos años. Intento convencerla de que no es bueno que camine con una bolsa de plástico en la mano porque le corta la circulación, y también intento explicarle que una serie de cosas que lleva en la mochila no son en absoluto necesarias. Me desorienta un poco con algún comentario que me hace; se queja de lo que le sirven mientras yo disfruto con una tapita de verdura que está muy rica.

Es andaluza y el motivo de su peregrinaje es un problema de su hijo. Pero cuando me cuenta que ha empezado en Pontevedra, no me atrevo a advertirle de que previsiblemente no le darán la Compostela porque no habrá caminado 100 kms. Creo que cada kilómetro suyo vale por dos de los míos, o por dos o tres de otros peregrinos que estén en óptimas condiciones físicas. Sin embargo, no puedo decirle que se vaya a Tuy, ni siquiera sé si en realidad querrá o no querrá la Compostela. Lo que sí sé es lo que le está costando, y la profunda fe con la que peregrina.

Tiene previsto llegar al albergue de Teo, y se sorprende de que yo intente entrar hoy en Santiago. No la volveré a ver pese a que la buscaré en Compostela.

Enfilo de nuevo la carretera y caminitos paralelos. Se acerca la hora de comer. En realidad tengo más ganas de descansar que de comer, un imán me atrae hacia Santiago y mi pierna derecha no me obedece lo suficiente.

Luís y Lola llegaron el día anterior a Compostela. En autobús se han desplazado hasta Pontevedra a recoger mi coche. Hasta allí también se ha desplazado Iria y los tres me salen al encuentro para comer. Entramos en un buen restaurante pero yo sólo tengo ganas de terminar rápido para ponerme en marcha otra vez. Nos despedimos precipitadamente.

Me deben quedar algo más de 10 kilómetros, prácticamente todos de asfalto, excepto un aserradero y un barrizal causado por unas obras.

Me adelantan algunos ciclistas y en los alrededores de una zona residencial camino un rato con un par de vecinas muy monas y muy atléticas a las que les da miedo meterse a recorrer el Camino de Santiago. Una se sincera y me reconoce que lo que le da miedo es mirar hacia su interior. Intento animarla a superar sus temores, y creo que con ellas es con quien más rato camino y charlo en los últimos cinco días.

El paisaje se hace esquivo con los rastros de los últimos incendios del año pasado. Por doquier, los pinos quemados y las huellas de las cenizas entristecen el alma. Casi fue un milagro que el fuego no devastara más zonas urbanas de tan cerca que llegó.

En Agro dos Monteiros, a unos 250 metros de altura, las torres de la Catedral ya son una realidad. Comparto ese momento con Jesús, se que se alegra tanto como yo.

En el puzzle que suponen los últimos kilómetros, con un rodeo sin sentido para cruzar la línea del tren y en un barrio donde la mayoría de las casas están deshabitadas, me dan alcance un par de peregrinos de los de larga zancada y muchos kilómetros diarios. Son de Santiago y me da la sensación de que llegan muy cansados por mucho que presuman. Pese a que me aseguran conocer la zona dudan y se equivocan una y otra vez. Me proponen entrar conmigo en Santiago pero intento explicarles que no, que quiero acabar sola. También Lola quería esperarme en la Alameda, y le he dicho que no.

Un último puentecito románico en reconstrucción con fondos europeos y parece que ya sólo queda enfrentarme a la fuerte cuesta del hospital. Despacio voy dosificando las últimas fuerzas. El Obradoiro se siente, pero hay que llegar.

Cuando por fin enfilo la calle Rosalía de Castro me permito el lujo de beberme la primera cerveza de estos días. El dueño del bar dormita en un rincón, ya no es hora de que lleguen peregrinos y menos, peregrinas solas. Aparecen de nuevo los dos peregrinos compostelanos e insisten en acompañarme. No les debe parecer tan mal mi pretensión de soledad cuando se van pagando mi cerveza.

Me dejan hablando con Manolo, y después de él, el móvil ya es una sucesión de llamadas a cuál de ellas más emocionada. Familia y amigos son partícipes de mi pequeña hazaña.

Me queda aún una última plegaria en la iglesia de la Virgen del Pilar, en medio de la Alameda; y cuando estoy en el semáforo a punto de entrar por Porta Faxeira, una marea humana, una avalancha de gente, me sienta como un bofetón en el alma. ¡Bendita soledad vivida!

Casi sin mirar por donde piso, e intentando esquivar al mayor número de gente posible, me dirijo hacia la oficina de Peregrino. Faltan unos minutos para las ocho y media cuando cruzo el umbral. No hay prácticamente nadie.

- Buenas tardes (gran suspiro de alivio por mi parte)
- ¿Cansada?
- Sí, mucho. – Y mientras dejo la mochila en el suelo, añado: Es que estoy operada de la espalda, y ya no puedo más.
- ¿Tú eres Gloria?

Mi sorpresa es mayúscula y miro alrededor para saber dónde está el truco.

Cuando entrego la credencial y pido si me pueden extender la Compostela dejando constancia de que he peregrinado por mi hermano Jordi, empiezo a llorar. Es dolor de ausencia, es alegría de haber llegado, es rabia e impotencia, es esfuerzo y superación.

La chica, morenita y simpática, sabía de mi llegada por Luís, y tenía referencias mías por la asociación. Incluso se permite hacer una broma diciéndome que hay una reserva para la lectura de la epístola de la misa del peregrino del día siguiente. La reserva está a mi nombre.

Salgo de la oficina como flotando en una nube y me dirijo al Obradoiro. Allí me fundo en un abrazo con Lola, la emoción me puede. Río y lloro al unísono.

En apenas unos minutos ya estoy en el interior de la Catedral iluminada por la tenue luz del atardecer. Ni siquiera hay que hacer cola para poder darle un abrazo a Santi, para postrarme en la cripta, para darle las gracias por haber llegado, por haber vuelto, por estar ahí. Me queda pendiente la visita a la Corticella, la catedral está cerrando sus puertas.

Nos queda por hacer lo más delicado. Una cura de mi tobillo donde el Betadine es absorbido como si fuera agua. Creo que lo más fácil sería apuntarlo directamente. Está hinchado, hay infección, y duele.

Pero no hay dolor que se resista a un buen arroz de bogavante. Las botas quedan aparcadas. No hay mejor anestesia que un buen alvariño.

Viernes, 17 de agosto.

El epílogo es una sucesión de imágenes y de abrazos donde se sucederán desde Zapatones a Begoña, Fisterra y Corcubión, hospitaleros y amigos, kilómetros, mar, el faro del fin del mundo, y por encima de todo, el Botafumeiro.

Desde el banco de terciopelo rojo, en primera fila, escucho las palabras del sacerdote. Con el incienso las plegarias se elevan al Padre. A medida que asciende el botafumeiro, siento que mi oración se eleva, siento que mi hermano está muerto, y que la muerte duele.

No puedo contener las lágrimas y bajo la atónita mirada de los concelebrantes, lloro por Jordi con todas mis ganas.

Glòria Viñals